



LUISA.

I

Luisa . . . joven encantadora, de dieciocho años, reunía á los atractivos de la hermosura, mucha gracia en sus modales y una educación esmerada, que había recibido en el hogar paterno. Llena de comodidades, amada tiernamente de sus padres, y admirada de cuantos la rodeaban, era una flor hermosa, que se mecía tranquila en el jardín de la vida; pero que un día había de caer marchita por el fuego abrasador de las pasiones. Un destino irresistible y ciego tenía preparado para esta inocente joven todo el peso de la desventura.

Era una noche de Diciembre: la luna derramaba su pálida luz sobre la tierra, ofus-

cando el débil resplandor de las estrellas, que tímidamente brillaban, como no queriendo rivalizar con su soberana. Soplaban un ligero viento, aunque frío y penetrante, como lo requería la cruda estación del invierno. En el corredor de una casa particular del centro de México, se hallaban dos jóvenes casi de igual edad, sentadas en un sofá corriente, respirando el aroma de las pocas flores que habían quedado por el rigor del tiempo. Una era Luisa... : tenía el pelo suelto, y llevaba un vestido de lino blanco, cuyas anchísimas mangas, según la moda de la época, cubrían sus blancos y bien torneados brazos. Su amiga sostenía á Luisa entre los suyos, y ambas permanecían en silencio. Al fin lo interrumpió Laura, que este era su nombre.

—Es lo primero que veo, Luisa, que una joven lllore la víspera de contraer un enlace feliz.

—Y si tal enlace es deshonoroso, ¿tendrá la joven razón para llorar?

—¿Y por qué lo ha de ser?

—Yo lo sé.

—Pues yo sé lo contrario, á no ser que esté equivocada en el concepto que me he formado de Eduardo.

—No, no estás equivocada, es un.... ángel... no lo merezco; y al decir esto, Luisa soltó á Laura, y sus mejillas se encendieron.

—Admiro tanta modestia; pero, dime: ¿por qué no mereces á Eduardo?

—Porque es virtuoso, es....

—Y tú, ¿qué eres? Cada vez me dejas más admirada: estoy por creer que mañana, en lugar de dar tu mano á Eduardo, tomas el hábito en un convento.

—Las esposas de Dios son inocentes.

Luisa no pudo continuar; los sollozos la embargaron, y se abandonó al llanto.

—¿Qué significa eso? ¿Renuncias el enlace?

—Lo renuncio.

—¡Cómo! ¿Qué hablas?

—Lo que oyes.

—Tú te chanceas.

—¡Me chanceo! ¿Y estas lágrimas? ¿Y este temblor convulsivo de mi cuerpo?

—Me confundes, Luisa querida, al paso que me atormentas. Pero si soy tu amiga, me atreveré á preguntarte por qué es esa resolución tan intempestiva.

—Intempestiva no, que hace algún tiempo existe en mi corazón.

—¿Y por qué no la has manifestado? Eres muy cruel, Luisa; sí, muy cruel, porque vas á hacer infeliz á Eduardo, y sin razón.

—En cuanto á lo primero, más infeliz sería si se enlazara conmigo, y cuanto á lo segundo, tengo motivo, y suficiente, para renunciar su mano, ó mejor dicho, para ha-

cerlo que él renuncie la mía; me falta la resolución, es cierto; pero... algún día... y más vale pronto... mañana mismo. Le volveré sus ricas donas, y procuraré olvidarlo... ¡Ah! Eduardo, tú sabrás si te amaba la desgraciada Luisa con todo su corazón; ojalá estas lágrimas pudieran borrar la memoria de aquel día... ¿qué iba á decir?... Eduardo, sé feliz, aunque yo muera.

Luisa volvió de nuevo á entregarse al llanto. La luna llegaba á la mitad de su carrera, sus blanquecinos rayos iluminaron el rostro de Luisa, bañado en lágrimas.

II

A la mañana siguiente, se encontraban Luisa y Laura en una reducida, aunque lujosa estancia. Luisa estaba pálida, sus ojos encendidos, porque había llorado mucho, y sus labios secos y descoloridos. De cuando en cuando volvía la vista hacia la puerta, y se notaba un temblor involuntario en sus miembros. Laura estaba en pie, como meditando alguna cosa. El toque de una campanilla las sacó de su arrobamiento. Luisa palideció totalmente, y Laura, con voz trémula, la dijo: Dios te dé ánimo, amiga idolatrada; pero mira por tu felicidad y la de tus padres; será un golpe horrible.

—Retírate... amiga, dijo Luisa con voz desfallecida... pero no, no me dejes sola...

—Es preciso, Luisa.

—No me hallo con fuerzas... ¡Dios mío!

—El se acerca; Dios te acompañe... valor y firmeza, ya que así lo quieres.

—¿Pues qué, me queda otro recurso?

—Recuerda mis reflexiones.

—¡Pero un engaño! no puede ser.

—Ya llega... Adiós, Luisa. Valor.

Salió Laura al tiempo que entraba un joven como de veinticinco años. Su fisonomía era expresiva, sus modales llenos de urbanidad, y su traje elegante.

Al entrar, Luisa ocultó el rostro con su pañuelo, y se reclinó en el almohadón del sofá.

—Luisa mía: ¿por qué te veo en este estado? ¿Estás enferma?

—No, Eduardo, respondió Luisa con voz dulce, no tengo sino una ligera indisposición.

—Lo creeré, si tú te empeñas; pero la palidez de tu rostro me indica algo más de ligera indisposición.

—Verás cómo pronto me restablezco... en el sepulcro.

—No pienses en eso, sino en que esta noche te recibo por esposa.

—No lo creas, Eduardo... nunca...

—¿Qué dices?

—Que nunca seré tu esposa.

• Atónito quedó Eduardo, sin saber qué responder.

—Mas ¿por qué, Luisa idolatrada, te complaces en acibarar mi dicha?

—Mira, Eduardo: dolores hay que es preciso sentirlos para comprenderlos, y éstos no tienen más que un remedio; la muerte. Tal es el dolor horrible, agudo, infernal, que me destroza.... Huye, Eduardo virtuoso, huye de la desgraciada Luisa.... sé feliz.... pero no pretendas que yo sea tu esposa.... porque... no puede ser, Eduardo. Yo te devuelvo tus regalos de donas; sólo me quedo con el anillo que me diste.... y con tu imagen....

Imposible sería describir el efecto que estas palabras causaron en Eduardo. Un sudor frío corría por su cuerpo, no se podía sostener en pie, y casi desfallecido, se dejó caer en el mismo sofá en que Luisa estaba, así como él, pálida, desfigurada, y llorando amargamente.

Después de un rato de silencio, dijo Eduardo:

—¿Me dirás, Luisa mía, cuál es la causa de esa resolución?

—Sin detenerme, aunque muera. Oye, Eduardo; hace dos años que conocí á un joven, que me habló de amor, primera vez que yo escuchaba este lenguaje, y yo.... creyendo sus promesas, le entregué mi corazón. Así pasó algún tiempo; mi amor ha-

cía él era inocente, porque era el primer amor de una joven de dieciseis años. Yo me dejaba guiar tan sólo por la fuerza de mi pasión, y así fué que no conocí que comprometía la dignidad de mi sexo. Mi amante, entre tanto, aprovechándose de mi irreflexión, me halagaba con repetidos juramentos de ser mi esposo, siempre que mis padres dieran su consentimiento.... Pero... como he dicho, él me amaba, ó al menos me lo decía.... yo lo adoraba.... con locura.... y.... huye, Eduardo.... ya todo lo sabes, yo no te puedo engañar. Busca una joven que aún conserve su virtud; corre, Eduardo infeliz, abandóname....

Luisa quedó desfallecida.

Eduardo nada sentía; las venas de su frente parecía que le reventaban. Su cuerpo se agitaba con un temblor convulsivo. Escuchó la relación de Luisa sin moverse; después fijó en ella sus ojos encendidos; tenía los labios contraídos, y el cabello erizado. Después de un rato, se calmó su agitación, y tomando una mano á Luisa, le dijo: Dime el nombre de ese seductor.

—Es inútil, porque ya no vive.

—¡Ya no vive! murmuró Eduardo, y volvió á encenderse su rostro.

Al cabo de un momento, estrechó en sus brazos á Luisa, y con voz sofocada por el llanto, le dijo: Te perdono; serás esta noche mi esposa.

III

Un año había pasado de este suceso. En la capital del departamento de.... vivían Luisa y Eduardo, sin que se turbara su tranquilidad doméstica por ningún motivo.

Una mañana se hallaban Luisa y su amiga Laura conversando en una estancia.

—Laura mía, dijo Luisa, ¿quién sabe qué me anuncia mi corazón! Desde que he visto á ese malvado en esta ciudad, no tengo gusto, y creo que.... ¡Ay! yo temo mucho.

—Pero Eduardo no conoce á ese hombre; tú le dijiste que había muerto; él no ha de inventar volver á verte; luego ¿qué temes?

—Temo su venganza; porque oye, Laura, cuando yo volví en mí aquel día fatal, que nunca olvido, le dije que lo abandonaba; él lloró, me suplicó que no hiciese tal cosa, y como me vió en extremo resuelta, me juró una venganza horrible.

—Es cierto; pero eso lo hizo en aquel tiempo, porque estaba apasionado; hoy no hará nada.

—El es un infame, porque ya tú ves, él se me dió á conocer con un nombre supuesto, y después supe que me engañaba; esto indica mucho.

—Pues no temas, Luisa....

—Yo lo temo todo por Eduardo, tan bueno, tan generoso; me perdonó, me dió su mano, y me trata con el mismo cariño. Días pasados se recostaba sobre mi hombro, y tomándome la mano, me decía: "Siempre te amaré, mi Luisa, seré tu consejero, tu protector y tu amigo." Y fijaba en mí sus vivos ojos, y su mirada era de compasión y ternura.

Esta conversación terminó con la llegada de Eduardo; venía encendido su rostro, dando muestras de grande agitación.

—¿Ha venido alguno? preguntó á speramente.

—Nadie; pero dime, Eduardo, ¿qué tienes?

Eduardo se metió á las otras piezas sin responder.

—¿No te lo anuncié, Laura? Algo ha de suceder. Desde que venimos á esta ciudad, no tengo gusto; y si no, ya ves; ocho días tenemos de llegados, y hoy Eduardo....

—Aguarda, interrumpió Laura, un hombre se acerca, y Eduardo está llamando con la campana. Laura desapareció, y á poco rato se presentó un desconocido. Al verlo se puso Luisa pálida, y quiso huir; pero él incógnito se opuso, y obligándola á sentarse, la dijo: Luisa, ¿me conoces? ¿No te acuerdas de mi juramento de venganza?

Luisa iba á gritar, pero el desconocido le

tapó la boca, y sacando un puñal, le dijo: ó te asesino, ó te estás callada. Vamos, Luisa. Escoge entre volver á amarme como en un tiempo, ó la muerte del que sea tu esposo.

—Dejadme, decía Luisa con voz desfallecida; retíraos, que se acerca mi marido; por Dios que me dejéis.

—Pues decidete.

—Mi esposo llega; tened piedad de mí.

—Bien; pues oye: aquí me escondo tras esta cortina: si algo dijeres, morirá tu esposo.

Y se ocultó rápidamente.

Eduardo entró un tanto más repuesto, acompañado de Laura; tomó asiento, y con tono afectado dijo á Luisa: perdóname, Luisa mía, si me atreví un instante á sospechar de tu fe; pero figúrate que cuando yo entraba en casa, salía violentamente de ella un hombre con sombrero calado hasta los ojos, muy embozado y que al verme aligeró el paso, y se ausentó con rapidez. Mas Laura me jura que ningún hombre ha entrado.

—Es cierto, contestó Luisa.

—Pero, ¿qué tienes? Estás descolorida.

—Nada... sino como te ví entrar... triste....

—Bien, pero tú te turbas, tienes los ojos lánguidos... y miras frecuentemente hacia esa cortina.

—No, no es nada, yo... me repondré.

—No sé qué aire de misterio observo, dijo Eduardo. ¿Qué hay detrás de esa cortina?

—Nada... oye, Eduardo...

—¿Cómo nada? si se mueve sin cesar.

—Escucha, Eduardo.

—No escucho.

Se levantó violentamente de su asiento, describió la cortina, y viendo á un hombre... no se pudo contener, sacó una pistola, y cuando el escondido trataba de salir, la bala le penetró el cráneo, y cayó en un lago de sangre. Después, dirigiéndose á Luisa, le dijo: Pérfida, tú me has engañado; me vendías, cuando yo te perdoné.... ¡Ah! éste es seguramente tu seductor; dímelo.

—Sí... él es....

—Y me decías que había muerto... Bueno, ahora sí ya murió; pero tú lo seguirás, y se precipitó sobre la inocente Luisa, sin que pudiera contenerlo Laura con todos sus esfuerzos. Luisa no opuso resistencia, y un puñal atravesó su pecho.

Después Eduardo reconoció al que estaba oculto, y retrocedió dos pasos, clamando: ¡¡Era mi hermano!!....

Luisa no murió en el acto: cuando su infeliz esposo pudo acercarse á ella, oyó estas palabras:

—“Eduardo, muero inocente... sólo á tí amaba...pero era preciso... que recibí-

ramos.... tu hermano y yo... el castigo; él por haber marchitado mi pureza... y yo por débil.

Después, dirigiéndose á Laura, le dijo: "Amiga, huye de la seducción," y expiró.



UNA TRAICION Y UNA VENGANZA.

EL CONCIERTO (1)

Se daba una noche en una casa, un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistían las más distinguidas familias de México. La función estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debía verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época, por un hermoso candil de cristal, en que ardían diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes

(1) Las escenas que vamos á referir son tomadas de un caso cierto, sucedido en México; hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personas, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.